

pues en los primeros días, ocurrió tener que arrancar de manos de una niña una carta escrita por un alumno de las escuelas elementales: lo cual le habría causado indignación si no hubiera tenido esto de cómico: que estaba firmada por *dos* amantes. Al cabo del primer mes tuvo que suprimir los ramitos de flores que casi todas llevaban en el pecho en determinados días, cuando venía un joven médico municipal á visitar todas las semanas la escuela, porque se propagaba en las muchachas una *conjuntivitis granulosa*.



VI

Su ademán noble, la bondad justa y firme de sus actos, logró obtener mucho en poco tiempo. Por el lado de los padres sin embargo, no encontró tantas ventajas como esperaba en la nueva escuela, respecto de la que había dejado; porque si bien es cierto que la mayor parte era gente educada, entre los mal criados había cinco ó seis que valían por ciento. La más terrible era una mujer del pueblo, mujer, según decía, de un "ex empleado municipal," (había sido barrendero de la villa), una mujerona membruda y fornida, con los ojos bizcos, gran panza que acortaba por delante las faldas sucias, descubriéndose dos zapatos de hombre. Su marido era mozo de cuerda, cuando le convenía, y frecuentaba las tabernas; ella campaba con las limosnas de la parroquia, iba á velar los muertos, y ponía su mesita de caramelos y confites en las fiestas de los barrios bajos y de los inmediatos pueblos.

Ella se emborrachaba también, y cuando los dos volvían á casa calamocanos, se pisoteaban como bestias, amenazándose con cuchillos y gritando tanto, que necesitaban acudir los guardias. Tenían una sola hija, precisamente alumna de la Galli, y que algunas mañanas venía á la escuela pálida de terror por las escenas de mal género que había presenciado en casa, y agotada de cansancio por no haber podido pegar los ojos en toda la noche. Desde el principio la madre cobró odio á la maestra. Habiéndola maudado á llamar dos veces porque la niña había llegado á la escuela aterrorizada, le contestó mil impertinencias.

—Qué, ¿cree usted que tengo yo tiempo que perder?...

—¡No ha visto usted hoy, señorita, á su novio sin duda, cuando tan negro tiene el humor por la mañana!

Pero luego, atrayéndola por las buenas, la profesora, por lástima de la niña, se ponía aún más fastidiosa; se iba allí, dos ó tres veces por semana, pretendiendo que la Galli se estuviera oyéndola: refería, despidiendo subido olor á aguardiente, las batallas que había sostenido con su marido:

—Él me sujetó así, yo le tiré de los pelos

de este modo, él me pegó pif, y yo paf,—y todas las particularidades é incidentes del pugilato, vanagloriándose de su fuerza, teniendo el brazo:

—¡Aquí tiene usted una barra de hierro!

La proeza más grande de su vida es haberse escapado de las garras de un guardia de orden público que la había detenido por escándalo nocturno. A pesar de esto, en sus ojos sanguinolentos, bajo la expresión torva y soñolienta, aparecían de vez en cuando ráfagas de una antigua bondad quemada por el alcohol. En esos momentos mostraba un grande amor hacia la niña (á quien de ordinario maltrataba á golpes), y la colmaba de caricias extremadas, que la dejaban asombrada y llena de desconfianza. La niña tenía nueve años y medio y una carita simpática; estaba estropeada y parecía medio estúpida á fuerza de golpes y de terror, guardando en la escuela la actitud de una mendiga que sabe que la toleran allí por compasión.



VII

Tenía sin embargo entre sus compañeras una amiga: una muchachilla de doce años, que el año anterior había pertenecido á la clase de la maestra Dorini, y se encontraba, á pesar de su edad, tan atrasada, á causa de una grave enfermedad que la había recluído en casa veinte meses, cuando estaba entre la primera superior y la segunda.

Se llamaba Julia Orveggi; desde el primer día había llamado la atención de la maestra por la palidez de su semblante de convaleciente, y por la melancolía de sus ojos que siempre la estaban mirando. Era su padre un antiguo empleado de Correos, que había dejado el servicio al cumplir los cincuenta años por enfermedad al corazón, y que casi todos los días, por la mañana y por la tarde, venía á traer y llevar á su hija. A la hora precisa, en medio de la muchedumbre de padres y criados que esperaban la salida de

las muchachas, siempre en el mismo sitio, á la izquierda de la puerta del salón, veíase aquella figura de empleado paciente y metódico, alto, algo encorvado, envejecido antes de tiempo, descuidado en el vestir, con cara benévola y honrada, en la cual había pintada una tristeza que jamás se desvanecía, ni siquiera con la sonrisa inexplicablemente afectuosa que brillaba en sus ojos al aparecer su hija.

En la actitud con que se ponía á buscarla entre las demás, yendo á su encuentro con los brazos tendidos y llevándosela en seguida, comprendíase bien que sentía por ella un cariño entrañable, y que no había para él otro afecto en el mundo; la niña, por su parte, correspondíale con igual ternura: no se sonreía más que al ver á su querido padre.

Saludaba éste á la maestra con profundo respeto, y cada tres ó cuatro días le pedía informes de su hija, con el sombrero en la mano, hablando con la voz un poco trémula de la gente buena y débil que ha sufrido mucho; y al oír que la niña era tranquila y atenta y que estudiaba, la miraba sonriendo, y cada mirada parecía una bendición.

Como nunca había visto más que al padre, la maestra creía que era viudo; pero un día la desengañó diciéndole que "su señora," iría á saludarla.

A los dos meses de haber comenzado la escuela, la señora no había parecido por allí todavía.

La Galli, sin embargo, no se sorprendió, porque sabía que varias madres no se dejaban ver en todo el año, enviando á pedir noticias á los criados, á los dependientes y aun á los ayudantes de la profesión de los maridos, y cuando las maestras les rogaban que fueran, por alguna falta grave de sus hijas, se excusaban por carta, pretextando que el tiempo estaba húmedo ó que era "día de recibir."

Chocábale en cambio mucho cómo iba vestida la muchacha, la cual llevando cosas buenas, conformes con el bienestar de la familia, mostraba señales evidentes del abandono de la madre; porque á veces llevaba un vestido de finísima lana y medias de algodón que rabiaban de verse juntos, un sombrero de terciopelo y zapatitos sin tacones, y debía ir mal abrigada interiormente, porque el frío la entumecía. Por estos y otros indicios sospechaba la maestra que la madre

no debía querer mucho á la niña, y la juzgó antes de verla.

Pero, ¿cómo era posible no querer á aquella criatura?

Era menuda, airosa, con la cabeza inclinada hacia un lado y plegada sobre el sutilísimo cuello con la gracia de una flor. Sus negros ojos tenían una fijeza y una penetración extraordinarias; su bondadosa mirada expresaba una melancolía de persona adulta, melancolía derivada no de la naturaleza misma, sino de una desgracia; y la expresión de su rostro, si bien ingénua, dejaba entender que ella debía saber ó sospechar al menos, muchas cosas tristes de la vida. No demostraba su bondad, como otras muchachas de corazón expansivo, con besos y palabras ternezas, sino con el olvido de las muchas cosas pequeñas de mala índole, que en todas las escuelas hacen las perversas á las buenas, y las holgazanas á las que estudian; y lo perdonaba todo en seguida, compadeciendo afectuosamente á la que le hacía daño, y como si todas las ofensas fuesen nada comparadas con la causa, cualquiera que fuese, de su constante tristeza. La maestra nunca había visto en sus manos ni una flor, ni un lazo, ni ninguna de las cien bagatelas que

corrían en manos de las otras. La niña miraba siempre á la maestra con dulcísima expresión, que á veces la distraía de la lección que explicaba, llenándola de melancólicos pensamientos.



VIII

Sentábase en uno de los primeros bancos, junto á la hija del mozo de cuerda, en quien había puesto un especial afecto desde que una mañana llegó á la escuela trastornada, trémula, contando entre sollozos que su padre había vuelto á casa todo ensangrentado á causa de una herida recibida en riña. Su simpatía por la vecina databa sin embargo de años atrás, desde un invierno en que su madre había servido de *asistentá* en su casa para encender las estufas, y llevaba consigo á la niña para poder cerrar la bohardilla.

Acordábase de la pobre niña vestida de harapos, con quien la madre no le consentía jugar, y que se pasaba horas enteras inmóvil en un rincón del recibimiento, mirando con tímida curiosidad cuando se abría una puerta, los muebles bonitos y los cuadros de las habitaciones inmediatas; recordaba asimismo la gozosa avidez y la vergüenza juntamente

que pasaba al cojer de la alhacena lo que encontraba á mano para ofrecérselo sin que la vieran; y al calor de tales recuerdos, llenos de compasión, á los que se enlazaba la memoria de sus primeras tristezas de niña despreciada y abandonada, creció la amistad nueva.

Por esto mismo también la maestra Galli le tomó cariño. Fingía no ver los regalillos que su amiga le llevaba entregándoselos por debajo del banco, ni cuando le apuntaba la lección ó le recogía cariñosamente el pelo detrás de la oreja para consolarla de los terribles sobresaltos de la noche. La pobre niña, por su parte, á quien nadie quería y á quien sus compañeras despreciaban, mostraba por su amiga la gratitud y devoción humilde de una criada: la oprimía contra su cuerpo como á un perro friolero, mirándola llena de admiración; y muchas veces, durante la lección, procurando que no la vieran, le echaba el brazo por la cintura. Cuando salían en fila, siempre se ponía á su lado. Porque su índole era dulce: los sufrimientos la purificaban de la corrupción que le entraba por los ojos y por los oídos en la torpe compañía en que vivía.

IX

La niña Julia tenía también una enemiga declarada, María Vinini, hija de un ex oficial de caballería, viudo y disoluto, rubio y de hermosa figura, que frecuentemente venía á la escuela á observar con atención extraordinaria las botitas de las alumnas más crecidas y los contornos de las maestras más jóvenes; de la maestra Dorini especialmente, la cual no pasaba ni una vez siquiera por delante de él sin endilgarle alguna palabritilla francesa. Esta María Vinini era "la belleza" de la clase, y un saco de vicios: una amalgama de todas las pésimas cualidades de sus peores compañeras. Tenía cara de virgen-cita con ojos de diablo; armoniosa la voz y chillona la risa; una blancura marmórea, y la soltura y los gestos vigorosos de una mujer.

Vestía con cierta elegancia algo llamativa, como hija de gentes del teatro, y en la escue-

la se ocupaba también más de su persona que de sus estudios. Estaba siempre apretándose cuándo una mano cuándo otra con el pañuelo retorcido ; para hacérselas pequeñas! se limpiaba los dientes con hojas de salvia, se perfumaba sin tino, y cuando venía el médico municipal, se mordía los labios hasta hacerse brotar sangre para que su boca apareciera roja. Tenía una soberbia de reina, no aceptaba en silencio ni siquiera las más corteses censuras. Porque un día la maestra le echó en cara lo mal escrito que estaba el trabajo de composición, al siguiente le presentó una página de palotes. Otra vez que la excitó para que modificase sus maneras le respondió con gran frescura lo siguiente:

— *Ya no se usa ser tan tímidas.*

A tal punto llegó su audacia, que aprovechándose de una momentánea ausencia de la maestra, se lanzó á cambiar en el libro-registro de las notas un cinco por un nueve, sin pensar en la contradicción que se producía con otros registros; y habiéndose descubierto el hecho, negó que hubiera sido ella con una obstinación y una falta de pudor, que causaba repugnancia. Cuando daba en perseguir á una compañera era despiadada.

La Galli la miraba en ocasiones como á

criatura misteriosa, preguntándose á si misma de qué podía nacer tanta perfidia en una muchacha hermosa, sana, de familia bien acomodada, tratada en su casa con grandísima indulgencia, y que parecía que no podía desear nada ni envidiar á nadie. Como si le faltase completamente la fibra del sentimiento, no daba la más mínima señal de emoción durante la más conmovedora lectura; su corazón no respondía más que al orgullo y á la ira.

Y Julia Orveggi, con su dulzura, la irritaba.

Le había cogido odio desde la primera vez que se vieron, como si hubiera reconocido en ella una enemiga natural.

No perdía ocasión de hacerle desaires y burlas, se mofaba de ella por su amistad con la niña pobre; pedía permiso para salir sin más intención que ir á poner en su sombrero, colgado en la percha, cartas anónimas llenas de injurias:

“Eres una fea, mal vestida, amarilla, y no tienes apenas dos años de vida.”

Julia rasgaba las cartas, conteniendo el llanto, y todo lo perdonaba.

X

Así había pasado el primer trimestre de escuela. Un día, habiendo visto á la muchacha más pálida que de costumbre y con los ojos encendidos, la maestra la llamó mientras las demás iban saliendo, y cogiéndola por ambas manos, le dijo:

—Vamos, ven acá. ¿Qué tienes, Julia, que estás siempre tan triste? Tú eres buena: y los buenos deben estar contentos. Me hace daño verte constantemente de ese modo. ¿Por qué no me dices lo que te ocurre, si es un pesar que puedes comunicarme? Yo no soy sólo tu maestra, soy también tu amiga, una hermana para tí.

La muchacha la miró con inmensa gratitud y llena de tristeza, inclinó luego su cabeza sin decir una palabra, dando á entender que no callaba por desconfianza sino porque debía callar.

—De todos modos—repuso la maestra—

acuérdate siempre de que te quiero bien y que puedo consolarte y darte consejos. Y besándola en la frente, añadió:

—Vete, pobre niña.

Julia miró en derredor, y viendo que ya no había nadie, le echó los brazos al cuello en un arrebato de ternura, y le dió un beso en el cual la maestra sintió las sacudidas de un sollozo reprimido.

Luego salió corriendo.

Desde entonces, observó la Galli que siempre que la muchacha venía á la escuela más triste que de ordinario, también su padre, al ir á recogerla aparecía más afligido y más cansado que los demás días; y precisamente en tales casos iba en busca de su hija con afecto más vivo, casi con ímpetu, no contentándose con darle un beso en la cabeza, sino que al besarla se la cogía entre sus manos, y así la tenía un momento, con una expresión de apasionada gratitud, como si ella viniera á libertarle de grandes pesadumbres.

La Galli comprendió que una sola debía ser la causa de la aficción de ambos: la madre sin duda. Y echaba de ver también que aquel amor paterno iba de día en día acrecentándose y convirtiéndose en adoración.

Ya, todos, tenía buen cuidado de acercarse

á ella no tanto para informarse de la muchacha cuanto para expresarle, más con los ojos que con las palabras, su gratitud por la benevolencia que ella le demostraba. Una mañana, después de oír las alabanzas de siempre, se quedó mirando fijamente á la maestra con los ojos húmedos y tristes, y le dijo de golpe y con desconsolado acento:

—Usted es buena.

La maestra se turbó algo, no sabía qué responder.

Y, para salir del paso, le preguntó distraídamente y mirando á otro lado:

—¿Usted quiere mucho á su hija, no es verdad?

El padre le contestó con voz apagada pero que la conmovió como un grito:

—¡Es mi vida!

La Galli le contó la amistad compasiva que Julia tenía á la hija del ganapán, y desde entonces él no dejaba de saludar á ésta con una sonrisa, acompañándola alguna vez con la mirada bondadosa cuando se alejaba por la calle.

Luego pasaron algunos días sin que se presentase; en su lugar venía una criadilla con cara de atrevida y con abundantes rizillos en la frente. La maestra preguntó á

la niña el motivo, contestándole ésta con desconsuelo:

—Papá está delicado.

Cuando volvió á buscarla parecía más envejecido.

A la madre jamás se le había visto por allí.



XI

La Galli no pudo resistir por más tiempo á la tentación de preguntar noticias sobre la madre á la maestra Dorini, que el año anterior había tenido en su escuela á la niña.

La interrogó precisamente en un ángulo de la sala de espera, una mañana, antes de la lección, mientras todas las demás maestras prolongaban la charla aprovechándose de la ausencia de la directora, que estaba visitando las sucursales.

—¿La señora Orveggi?—respondió la Dorini con su acostumbrada ligereza, mirándose como en un espejo en los cristales de la librería. —¿Cómo, no la conoces? Siempre está en movimiento. Es una señora hermosa; ¡Y gasta un lujo! Pero tiene pésimo gusto. *Un goût abominable.*

Y siguió haciendo la crítica razonada, en forma de discurso, sobre su modo de vestir.

Sabía de memoria todos los vestidos de todas las señoras que veía y había visto en la escuela, y por ellos medía sus simpatías; feliz ella cuando con alguna de las más elegantes podía lograr familiaridad para *causer chiffons* con ella cinco minutos al día, á la entrada y á la salida. A la señora Orveggi, como á las otras, no la conocía más que por el traje. La última vez que la había visto, llevaba un vestido verde, que no le había gustado nada, nada, nada.

—¡Y eso que su modista es la Perichetti! Pero cuando no se tienen ojos, no se tienen ojos. *C'est de la peine perdue*, comprendes.

La Galli le preguntó si el año anterior la vió alguna vez en la sección.

Una sola vez la había visto en un año.

La maestra napolitana, que había oído la conversación, dijo, acercándose, con fina sonrisa:

—La señora Orveggi piensa en muy otras cosas que en la escuela.

La maestra Massi se agregó al grupo añadiendo:

—¡Eh! es una mala madre.

A la sazón avanzó la pequeña Frosetti, con sus redondeadas formas, y mientras la maestra devota, escandalizada por la ma-

ledicencia se echaba á un lado, dijo á la Galli:

—Tú la verás un día ú otro entrar en la escuela de esta manera...

Y se puso á imitar el paso corto de la señora, yendo de un lado para otro, y su modo de saludar á las personas después que habían ya pasado, volviendo la cara con los ojos entreabiertos, como si fuera á mirarse una araña que le corriera por el hombro. Era ella exactamente. Todas las maestras que la conocían soltaron una carcajada.

De pronto oyóse una voz desde fuera:

—¡La directora!

La Frosetti gritó:

—¡Sálvese el que pueda!

Todas echaron á correr, excepto la Galli, que se encaminó tranquilamente á su clase. La directora la alcanzó, sacó su reloj y le dijo:

—¡No sabe usted, señorita, que á esta hora debía usted estar ya en clase hace miuto y medio! — quedándose delante de ella, con el reloj en la mano, como si le estuviera proponiendo que se lo comprara.

No había contestación posible. La maestra se inclinó, bajando la vista, y siguió su camino confusa, mientras la directora entra-

ba en su despacho. De su confusión le sacó repentinamente un suceso inesperado. Delante de la puerta de su escuela estaba la señora Orveggi, con la niña, que la estaba aguardando.

